



Acerca de conquistadores y naturales en la reescritura y teatralización de la Conquista

Francisco Sánchez

Actor, director e investigador teatral, compositor e instrumentista, con estudios de Actuación y Música en la Universidad Católica. Becado en 2005 por la Fundación Andes. Director de la compañía Tryo Teatro Banda, sus últimos montajes han sido estrenados en importantes salas teatrales, itinerando por todo Chile, y con giras a Argentina, Bolivia, Ecuador y España.

Relación copiosa y verdadera de la maña que ha sabido darse una compañía de cómicos para componer y representar comedias en las que se reviven las hazañas de valerosos capitanes de la corona de Castilla; y la no menos espantable determinación de un bárbaro pueblo de noble pecho que, habiéndoles salido al encuentro, defendióles la entrada y les hizo cruda guerra en favor de su amada libertad.

Bicentenario

Parece una corriente de la que no se puede escapar; al acercarse el Bicentenario de nuestro país hay una tendencia a celebrarnos, y para eso requerimos saber quiénes somos. No se llega a un cumpleaños a preguntar quién es el festejado. Y al preguntarnos quiénes somos nos encontramos con algo complejo, porque todos somos chilenos, nos guste o no, quienes nacimos y vivimos en esta tierra, desde los indígenas de pura cepa hasta los nietos de los colonos arios, pasando por la inmensa mayoría *champurria* (como llaman los mapuche a los mestizos).

El Bicentenario parece una celebración obligada; nadie osa poner en duda que la independencia de nuestra nación es un hecho positivo incuestionable, que contó con la protección de Dios y la Virgen del Carmen (quienes, curiosamente, habrían abandonado a sus otros hijos, los españoles, que luchaban por una causa igualmente legítima: evitar el desmembramiento de lo que era, para ellos, su legítimo imperio).

En ningún momento se nos ocurre preguntarnos si efectivamente fue lo mejor para nuestra sociedad el habernos separado de la Corona española. Tal vez nos hubiera ido mejor continuando como colonia y canalizando la lucha por más autonomía política, económica y cultural, que lanzándonos a una independencia como tal, que nos dejó desunidos a los países americanos y recelosos entre nosotros, a merced de las otras potencias del mundo, ávidas de invertir y especular en nuestras tierras económicas.

Podríamos haber aprovechado el cambio de dinastía en la Corona española y el influjo del siglo de las luces para habernos constituido como una colonia modelo y hoy, tal vez, tendríamos derecho a viajar, estudiar y trabajar libremente a lo largo y ancho del imperio español... ¿Tal vez seríamos parte de la Comunidad Económica Europea?

Nuestros más directos antepasados, por ejemplo, los mapuche, tal vez hubieran seguido gozando por más tiempo del reconocimiento oficial como nación que habían logrado del Rey de España a través de incontables parlamentos (paz comprada por los españoles a cambio de treguas); tal vez no hubieran experimentado

la manipulación de la llamada “Guerra de Arauco” y del supuesto “valor del indómito araucano”, con que las retoñas autoridades patriotas trataron de insuflar un inexistente patriotismo entre sus pasmadas filas (con su consecuente desilusión al comprobar que muchos mapuche pelearon a favor de su aliado el Rey de España); tal vez no hubieran sufrido el despojo frío y calculado de sus tierras con que el Estado chileno completó la labor unificadora del territorio emprendida por los conquistadores, con las consecuencias que por estos días ocupan los titulares de los periódicos y la danza de los ministros en los noticiarios. Y digo tal vez, porque nadie sabe. Sabemos, sí, que el flamante siglo XIX trajo una pobreza y desigualdad de terror a nuestra sociedad naciente; que los peones luchaban por sus patrones y no por una patria que no existía; que los mapuche sucumbieron a nuestro ejército y que la sociedad entera se coludió para quedarse con sus ricas tierras.

Lo otro, el éxito, los logros, lo que nos enorgullece en 200 años es tema saturado en los medios.

Celebramos los chilenos, los de Chile... ¿cuándo nació Chile? ¿Desde cuando existe esta palabra? Sabemos que los incas le llamaban Chile al valle del río Aconcagua, donde tenían una importante base desde la cual coordinaban la incorporación al Tawantinsuyo del centro y sur de nuestro país (me hago la misma pregunta, si los españoles no nos hubieran invadido de la forma que lo hicieron... ¿seríamos parte de una superpotencia incásica?) No se sabe su significado; se sugiere “lugar frío”, o “donde se acaba la tierra”...nadie puede asegurarlo. Lo que sí parece seguro es que en un intento por dividir a las fuerzas españolas, que ya habían demostrado lo funestas que resultaban para su imperio; los Incas hicieron creer a Diego de Almagro que el territorio que el Rey de España Carlos V le había otorgado en premio por sus servicios (Nueva Toledo, gran parte de nuestro país) estaba repleto de oro. Dicho y hecho: Almagro cayó en la trampa y derrochó su parte del botín del tesoro inca en esta empresa que llegó hasta Chile (el valle de Aconcagua y alrededores) y, desilusionado porque el oro no manaba de nuestra tierra feraz, dio la vuelta dejando una triste impresión en nuestros antepasados directos, los pikunches. Los abusos y vejaciones de los

almagristas sobre nuestros ancestros son terroríficos y se pueden leer en la Historia General de Chile de Barros Arana. Es una buena lectura para quien quiera saber por qué los indígenas chilenos resistieron tan fieramente a las huestes de Pedro de Valdivia.

Entonces los chilenos somos tales desde entonces, aunque hubiese diversidad étnica y cultural... ¿Por qué hacemos esta división a partir de nuestra independencia como si el Chile de 300 años atrás no hubiera existido? Sabemos de O'Higgins, pero nada del gran gobernador de Chile, el Marqués de Baydes, quien a mediados del siglo XVII logró hacer un primer parlamento con los mapuche en la peor etapa de la Guerra de Arauco, en Quilín (IX región de la Araucanía), lo que aseguró a partir de entonces una convivencia mucho más pacífica en la zona de conflicto, que cambió para siempre la historia en ambas bandas del río Bío Bío.

Sabemos de la Revolución de 1891, que enfrentó a los chilenos partidarios del presidente Balmaceda con los alzados del Parlamento y las Fuerzas Armadas, pero ignoramos que poco más de un siglo atrás el Rey de España decretó la expulsión de la orden jesuita de todo el continente americano, exiliando a cientos de religiosos chilenos que eran el alma de la sociedad y del progreso, partiendo en dos a muchas familias y muchos corazones. Pensamos que ese hecho no afecta en nada a nuestra sociedad, que "no importa", pues está empañado por las glorias militares de la independencia. Pero el hecho es que sí se trata de un acontecimiento primordial que nos ayuda a entender quiénes y cómo somos y por qué.

Papelucho Historiador

Confieso que la inquietud por averiguar quiénes y cómo son los antiguos chilenos me viene desde la niñez. Ya leyendo *Papelucho Historiador* de Marcela Paz, a los 8 años, me estremecía al enterarme que los "indios" habían vivido en el valle del Mapocho, con taparrabos y en una inquietante libertad... Y la piedra del cerro Santa Lucía, donde se puede leer una cita de una de las cartas de Pedro de Valdivia al rey de España Carlos V, en la cual le expresa las bondades de esta tierra para estimular a los colonos a venirse, me llamó profundamente la atención durante



mis actividades como scout a los 12... Y el Carnaval de Oruro, a los 18 años, terminó por asestarme un golpe a la conciencia, cuando experimenté en carne propia lo que es una cultura indígena en pleno, imponiéndose en otra de nuestras repúblicas independientes locales, Bolivia... Todo esto me marcó un derrotero interesado en saber quiénes somos, tal vez picaneado desde la sangre por sentir el vacío de carecer, como tantos otros seres humanos contemporáneos, de raíces en esta tierra, por ser un hijo más de las migraciones forzadas del siglo XX.

Por lo mismo, acepto también, y gustoso, ser parte de esta corriente celebracionista y revisionista.

Lo importante para mí es tratar de reconstruir en la imaginación esa "otra" identidad chilena que se pierde en los siglos y en las páginas amarillentas injustamente desprestigiadas, aparentemente incapaces de provocar fascinación o aprendizaje. Y dentro de esa "otra" identidad, indagar en la menos cercana, la de nuestros antepasados indígenas, cuya cultura se transmite oralmente, y que frecuentemente es desprestigiada en los documentos escritos, desde los cronistas españoles hasta los periódicos actuales... Antepasados cuyo pueblo está vigente y en pie. Reconstruir esa identidad y, como hombre de teatro, compartirla con los espectadores y proponer una reflexión acerca de quiénes somos y por qué, y de qué manera lo que somos actualmente se ha construido no solo desde 1810, sino desde que hay gente en esta tierra que llamamos Chile. Y ya dentro de este juego de la imaginación preguntarnos, por ejemplo, ¿cual es la raíz del llamado "conflicto mapuche"? ¿Por qué nos decimos chaqueteros? ¿Por qué decimos "se me salió el indio" cuando nos enojamos?, etc. Lo que somos es también lo que soy.

Pablo Obreque,
Francisco Sánchez
y César Espinoza en
*Pedro de Valdivia: la
gesta inconclusa.*

Tryo Teatro Banda

El año 2000 Carolina González, Eliseo Miranda y yo fundamos nuestra compañía Tryo Teatro Banda, con tres ideales: 1) hacer teatro de autores chilenos o temáticas chilenas, 2) fundir el teatro con la música y la literatura, y 3) llevar el teatro itinerando a lugares con poco acceso a él. Los primeros años los dedicamos a trabajar obras de Juan Radrigán: la trilogía *Redoble Fúnebre para Lobos y Corderos* y la obra *Islas de Porfiado Amor*. Luego indagamos en el teatro para niños, montando sucesivamente *El Gato con Botas*, *El Flautista de Hamelin*, *La Ratita Presumida* y *Juanito y los Porotos Mágicos*. Con todas estas obras aprendimos la gestión, la venta para estudiantes, la itinerancia y llegamos hasta Bolivia y Colombia. Fueron años duros, precarios, "dejando los pies" en las calles de la ciudad de La Paz mientras tocábamos las puertas de los colegios cuyos profesores sorprendentemente nos las abrían de par en par; cambiando funciones por alojamientos en hoteles hippies de la cordillera amazónica; gozando de un merecido premio de un mes en la rumbera ciudad de Cali con 21 funciones vendidas, etc. En esta ocasión pudimos conocer en persona a don Enrique Buenaventura. De alguna manera, nos sentimos herederos de la corriente teatral



Consuelo Mujica

abonada por el “maestro” colombiano, la que a su vez nos fue heredada por el actor, dramaturgo y director chileno, el “animal de teatro” Andrés del Bosque, integrante por varios años del prestigioso Teatro Experimental de Cali (TEC), y director teatral y profesor de varios de nosotros en diferentes períodos. A grandes rasgos, esta herencia muestra una preferencia por la exhaustiva investigación sobre temas y episodios de nuestra historia, fiestas populares, religiosas, tradiciones y raíces en general, con la determinación de hallar en ella los temas y estímulos necesarios para hacer un teatro político de identidad, utilizando como herramienta creativa la creación colectiva. Todo teatro es, finalmente, histórico.

Cuando Andrés del Bosque creó y dirigió sus obras *Las 7 Vidas del Tony Caluga* (1994), *El Payaso y la Virgen* (1998) y *El Día del Juicio* (2000), investigó en nuestra historia y raíces desde los ojos del payaso del circo chileno, los bufones, los charlatanes, los poetas populares, los Cantores a lo Humano y lo Divino y la Comedia del Arte, todos herederos de los antiguos juglares, marcando un camino por seguir.

La juglaría

Dentro de la historia artística latinoamericana con la que se encuentra el investigador está la herencia de la poesía popular que recibimos de España. En Chile los exponentes estrella de esta herencia son los Cantores a lo Humano y a lo Divino de la zona central, plenamente vigentes. Tradición campesina que se remonta a la época de los primeros soldados españoles que llegaron recitando coplas y cantando, evocando épicamente la memoria histórica de la España triunfante, añorando en su cantar las tierras y amores de ultramar... todo en versos octosílabos, endecasílabos, décimas, etc. Alonso de Ercilla y Zúñiga en *La Araucana* es un exponente de la poesía hispánica de entonces, tan viva en estas tierras donde se dejó seducir por el monumento de la resistencia de los mapuche, nuestros abuelos, a la amenaza sobre su libertad y cultura, guerra injusta, según trasuntan los versos de Ercilla.

Había en la Europa medieval trovadores y juglares, artistas que cantaban y contaban historias, acompaña-

dos diestramente por sus instrumentos musicales, para entretener a las gentes. Los primeros, adinerados y sedentarios, aficionados a las cortes; los segundos, pobres y ambulantes, recorrían los pueblos europeos con su arte, transmitiendo las noticias y novedades de un lugar a otro, siempre con la mordacidad política y picaresca en la punta de la lengua, infamados por las leyes imperantes... peligrosos... desafiantes.

Enriquecían sus actuaciones con virtuosismo instrumental, números de malabarismo, acrobacias, danzas y otras destrezas, abonando una parte del camino por el que luego había de transitar el teatro, la Comedia del Arte, el Siglo de Oro español... No es la juglaría un género fácil de rastrear, pero sí está misteriosamente claro en nuestra imaginación e inconsciente colectivo.

No vamos a creer que entre los indígenas no existía esta institución; sin llegar a hablar del sorprendente arte teatral de los aztecas, mayas e incas (tema para otro artículo); sí sabemos que entre los mapuche existían los “romanceros”. Cuando algún cacique quería agasajar a sus parientes y amigos con una fiesta, junto con comenzar a preparar la chicha y la comida días antes, llamaba a algún romancero. Este venía a la comunidad y se enteraba de los pormenores del lugar y de las inmensas cualidades humanas del huésped, y componía canciones alusivas a estos temas. Estas eran aprendidas por la gente y luego entonadas por todos durante la fiesta, con gran éxito, naturalmente.

En el campo chileno los Cantores a lo Humano y a lo Divino florecieron a partir de estos estímulos indígenas e hispanos, acompañados del guitarrón chileno, instrumento único en su género que surgió en Chile desde la expulsión de los jesuitas, reemplazando con sus 25 cuerdas a la abundante sonoridad instrumental de los músicos religiosos exiliados.

Nos parece que algo muy seductor hay en ese actor que debe, con sus propias herramientas, contar historias y encantar, opinando acerca del mundo desde la simpleza de su puesta en escena: con el cuerpo y la voz puede crear infinidad de personajes al mismo tiempo; con la pantomima y el sonido de su cuerpo puede hacer que el espectador “vea” desde una puerta abriéndose, hasta el big-bang y toda la creación del universo, si quiere, etc.

Hoy día, cuando la tecnología es una herramienta cada vez más útil para el creador teatral, se nos presenta la juglaría con su sencillez y encantamiento. El juglar tiene permiso para todo, hasta para equivocarse y comenzar de nuevo el *show*, comentar los lances del argumento con las noticias frescas del día; cuando está en el escenario no tiene compromisos políticos, religiosos ni corporativos; es un desastre. Nosotros creemos que tres juglares, armados de sus instrumentos musicales y de sus habilidades particulares pueden dar vida al tema que nos apasiona: la historia muerta de Chile.

Dos obras, una Conquista

Cautiverio felis (sic)

Cautiverio felis constituye un tesoro para quien quiera indagar en la reconstrucción imaginaria de la misteriosa identidad de nuestros antepasados indígenas, tan vapuleados por la historiografía oficial. Cada detalle, cada descripción, cada diálogo que el capitán español Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán recuerda y escribe al rey de España Carlos II con la esperanza de que pueda detener la sangría del negociado de la Guerra de Arauco, ofrece una especie de antigua fotografía o daguerrotipo desvanecido de aquellos hombres. Tal vez, y como dice Barros Arana, sea una lectura exasperante para muchos, llena de pesada retórica, redundancias, argumentaciones, poemas y citas interminables, dudosa en su veracidad por el paso de las décadas desde el momento de la experiencia como cautivo al momento de la escritura, inclinada a engrandecer a los indígenas y a denostar a las autoridades del Reyno de Chile por los propios intereses del autor; un libro de poco valor, tal vez, para el coleccionista de documentos historiográficos como Barros Arana. Sin embargo, el tono de sus palabras, la calidad de los detalles que recuerda (hasta las pepas de zapallo de las salsas que comían) y el amor y admiración por el valor y la hospitalidad de sus enemigos, son suficientes para captar la esencia del mensaje y reconstruir la identidad de sus captores.

Por momentos, al leer, estuve cerca de sentir lo que sentirán los futuros viajeros de máquinas del tiempo.

Cuando Francisco Núñez insiste en que los mapuche no son salvajes, sino humanos, y que hay gente cariñosa y noble (y maldita también, como en cualquier pueblo), y que su ferocidad en la guerra (como la de cualquier soldado en el frente) es provocada por la codicia de los españoles, el lector contemporáneo no puede menos que sorprenderse por la homologación involuntaria y automática con el llamado “conflicto mapuche” que llega hasta hoy. Parece que Francisco Núñez nos hubiera escrito el libro a nosotros. Necesité urgentemente complementar mi escaso conocimiento de la llamada Guerra de Arauco con una lectura exhaustiva de la Historia General de Chile, de Barros Arana, para entender el conflicto desde sus inicios, y contraponer a su punto de vista, a veces

Francisco Sánchez y
César Espinoza
en *Cautiverio felis*.



racista y ranciamente decimonónico, los estudios del antropólogo chileno José Bengoa, que ofrece una visión crítica de la responsabilidad del Estado de Chile y la sociedad chilena en el desarrollo del conflicto.

Desde que llegó el libro a nuestras manos, pasaron cinco años de estudio, contraposición de lecturas y maduración del tema.

Durante el proceso de creación, nos encontramos con varias dificultades, derivadas del hecho de que la primera etapa fue abordada por tres juglares sin director. Una de ellas, de género artístico: lo que cabe en un libro no necesariamente cabe en un escenario. Le mostramos la primera versión de la obra a una querida amiga dramaturga, quien estuvo sentada 2 horas y 45 minutos frente a nosotros, que saltábamos como monos y contábamos todo lo que queríamos, para luego constatar que la magnitud de la historia era una dificultad para el creador teatral. Definitivamente, y con dolor, tuvimos que seleccionar lo que íbamos a contar, eliminando escenas maravillosas, pero que ampliaban demasiado el radio de acción. Para decidir qué cortar y qué dejar, elegimos un conflicto dentro de una historia llena de conflictos. Decidimos centrarnos en el hecho de que, como cautivo, Francisco Núñez se enamoró de sus captores, de su amabilidad, ternura e ingenio, pero debía abandonarlos cuando se produjera la primera ocasión, como de hecho ocurrió... Dejamos de lado otros muchos conflictos; por ejemplo, el hecho de que hubo caciques que lo querían matar y lo persiguieron hasta el último día de su cautiverio. Nos pareció más interesante el enamorarse de sus captores y tener que dejarlos, que el acecho de la muerte. Esto nos señaló el camino a la guillotina de muchas escenas. Incluso tuvimos que "torcer" datos de la historia real para que este conflicto se agudizara. Por ejemplo, Maulicán, el cacique captor, no entrega personalmente al cautivo a los españoles en el fuerte de Nacimiento, sino que es otro cacique quien lo hace. Sin embargo, y por motivos de continuidad y de resolución del conflicto, lo hicimos así, viendo que este hecho en nada aminoraba el inmenso valor de aquel cacique.

Confieso que sin el rigor artístico de Sebastián Vila en la siguiente etapa (pos-dirección), no hubiéramos podido soltar algunas escenas favoritas. "Kill your

darlings" (mata a tus queridas), nos señalaba Sebastián, aludiendo a la verdad innegable de que no porque una escena nos gustase y hasta fascinase, aportaba al desarrollo dramático de la trama. Sebastián Vila estaba atravesando una intensa etapa de formación como director con el maestro argentino Juan Carlos Gené, en el CELCIT de Buenos Aires. Y una de las "verdades" que nos presentaba era que, mientras el actor sepa qué es lo que hace el personaje, todo lo demás viene por añadidura. Parece una simpleza, pero al aplicarlo con decisión y rigor, comprobábamos que muchas veces no sabíamos explicar qué es lo que estaba haciendo nuestro personaje en tal o cual acción. Gran aporte, que comenzó a darle sustancia a la teatralidad de nuestra versión. Otra dificultad era que yo asumía demasiado protagonismo en la puesta, por tratarse de un proyecto propio al que invité a mis compañeros. Sebastián se encargó de hacernos eliminar, crear y repartir personajes, equilibrando así mi monótono monólogo.

Por último, al tratarse de una historia tan extensa en lenguaje juglaresco, Sebastián nos ayudó a decir menos y hacer más; no reiterar las ideas; no imponer al espectador una evaluación valorica de los hechos que narrábamos. En este punto, la juglaría cobró su valor: lo que se dice en un párrafo se puede sintetizar en un gesto, con música y luz, y su contenido es más penetrante tal vez en la mente del espectador que las meras palabras. Ojo, que también un texto preciso, bien dicho y bien creado vale por mil gestos.

Pedro de Valdivia: la gesta inconclusa

Un proceso muy parecido vivimos con el espectáculo *Pedro de Valdivia: la gesta inconclusa*. Mientras estudiábamos el *Cautiverio feliz* y su contexto historiográfico, se nos aparecieron las cartas que Pedro de Valdivia le envió al rey Carlos V contándole del "descubrimiento y conquista de Chile". Barros Arana dedica vibrantes páginas a su epopeya y tragedia. Los hechos de esos hombres de aquellos tiempos, EN LOS MISMOS LUGARES DONDE HOY VIVIMOS, casi me enloquecen. Y una canción pelotuda, en plena dictadura de Pinochet, decía en la radio: "¿Y por qué tengo que estudiar historia, si nunca me entraría en

la memoria?" ... ¿Es que nadie lo ve?... Nuestra historia es fascinante. Ercilla dedica su obra máxima de poeta renacentista a la lucha valiente de nuestros abuelos por su libertad, los coloca en la categoría de héroes, nos otorga lo que pocos países tienen: un poema épico para cantar el nacimiento de nuestra sociedad. Es el inventor de Chile, como lo llama Pablo Neruda. Y Miguel de Cervantes lo coloca en el trono de la literatura al disponer que *La Araucana* fuese una de las novelas de caballería que enloquecieron a don Quijote. Sin pensarlo dos veces nos lanzamos al estudio, creación y montaje de *Pedro de Valdivia: la gesta inconclusa*, como continuación de la búsqueda de *Cautiverio felis*; los mismos tres juglares, esta vez bajo la dirección milimétrica de Sebastián Vila desde el comienzo. El estudio de esta parte de nuestra historia ha puesto sobre mi escritorio tantos episodios teatralizables que lamento que tendré que morir algún día sin haberlos escenificado todos. Pero vamos, que se puede... a ver hasta dónde llegamos.

Con la experiencia de *Cautiverio felis* a cuestas, el proceso de *Pedro de Valdivia* fue mucho más expedito. Las cartas de Valdivia, que traducimos al castellano actual, y luego dividimos en actos y escenas, fueron el pie para la improvisación. Desde un comienzo nos encontramos con un espíritu muy diferente. Mientras el libro de Francisco Núñez exuda asombro, ternura y ansias de justicia, las cartas de Valdivia dejan ver la enorme ambición por el oro y la mano de obra esclava que guiaba a los conquistadores; la ferocidad de la conquista y el desprecio por la vida de los naturales de Chile, junto a la salvaguarda de sus conciencias, garantizada por la presencia de los religiosos. Mientras Núñez presenta a los mapuche como personas normales (aunque bárbaras, aliadas con el demonio, etc, según su mentalidad pechoña), con las que uno puede identificarse y lograr hacer personajes más cotidianos, Valdivia parece referirse a ellos como cosas, como materia esquivada, pero disponible para el progreso de los españoles, jamás como seres humanos. Esta diferencia marcó nuestras improvisaciones hacia un terreno más socarrón. Era necesario reírse de Valdivia y sus secuaces para mostrar su propia brutalidad. Sobran en nuestra historiografía las alabanzas a Valdivia, quien nos habría hecho "entrar a la historia", quien nos "metió

al rebaño de Dios", nos "civilizó", pero escasean los ensayos acerca de la verdadera tragedia que fue para nuestros ancestros la invasión de los hispanos, el fin abrupto de su sistema de vida sencillo y profundo, que cargamos hasta hoy como una pena negra sin darnos cuenta. Barros Arana habla de la supuesta vida triste de estas gentes, carentes del calor de la conversación franca de la familia en el hogar, y el historiador Francisco Antonio Encina ni siquiera les concede la propiedad de su lengua, el mapudungu, a la cual por su belleza, suavidad y capacidad expresiva, supone como perteneciente a otro pueblo de cultura superior, sin molestarse en demostrar cuál sería aquel pueblo. El rigor documental de Barros Arana se hace polvo frente a sus constantes opiniones desfavorables de los indígenas, carente de otras fuentes que las crónicas interesadas de los conquistadores y sus propias proyecciones teóricas.

Una fuerza nos empujaba a derribar a Valdivia del caballo de la Plaza de Armas de Santiago y mostrar su faceta temible: la del conquistador ambicioso hasta perder la vida en ello. Lo otro, su valor, su temeridad, sus virtudes, abundan en el medio.

Para la personificación de los mapuche carecíamos de fuentes abundantes como con *Cautiverio Felis*. Los indígenas "aparecen" en la obra, se asoman tímidamente, no son los protagonistas, sino las víctimas anónimas de la colosal máquina conquistadora, salvo Lautaro, que poco a poco se va metiendo en la trama, primero como sometido cargando la cruz, luego colado en medio de las tropas y finalmente arengando a su gente a cambiar la estrategia militar, que él aprendió durante su cautiverio entre los conquistadores, para vencer al conquistador.

La otredad

Desde el momento de interesarme por estos temas, como creador teatral sentí la necesidad de conocer, a partir de la imaginación y la creatividad, a estos personajes históricos. En cuanto a los conquistadores, es abundante la cantidad de fuentes que nos permiten reconstruir en nuestro imaginario una imagen cercana a lo que deben haber sido. Pero en cuanto a los indígenas, los cubre un manto de misterio, desconocimiento, prejuicios y estereo-

tipos, muchas veces inclinados a justificar ante la historia los abusos e injusticias que las consecutivas sociedades colonial y republicana han cometido sobre ellos, para hacerse ya de su trabajo forzado, ya de sus propiedades, en pos del propio beneficio. Ya Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán lanza en el Capítulo I del Discurso I de su *Cautiverio feliz* una seria y mordaz advertencia al lector acerca de cuán sospechosa es la historiografía y cuánto debemos desconfiar de las verdaderas motivaciones que han tenido cronistas e historiadores para escribir los hechos, por lo general ensalzando las virtudes civilizadoras y evangelizadoras de los conquistadores, minimizando sus crímenes y negligencias, y exagerando la barbarie y defectos de los mapuche.

Y al lanzarme en este intento de crear a estos personajes, antepasados nuestros, desde las fuentes y la imaginación, no he podido sustraerme al hecho de que los conflictos por los que vamos a transitar dentro de la línea argumental que hemos escogido... están vivos, los estamos experimentando día a día en las regiones de Bío Bío, La Araucanía, Los Ríos y Los Lagos; en las portadas de los periódicos y en las noticiarios de televisión.

Don Sergio San Martín, sabio artesano reproductor de la cerámica mapuche precolombina, oriundo de Gorbea, Araucanía, me pidió que cuando estemos sobre las tablas no representemos a los mapuche como piezas de museo, sino como gente viva, como una sociedad que aún existe, lucha y sigue transitando por la historia.

Don Sergio es una fuente viva, un agente que a través de su rescate permite que emerjan rasgos primordiales de la cultura de los antiguos mapuche. Su trabajo de reproducción de la alfarería mapuche viene acompañado de un intento de traer al presente también aquel antiguo estilo de vida, aquellos valores de la sociedad mapuche. A modo de ejemplo, cuando ha encontrado *metawe*, jarrones pequeños que tienen dos boquillas para beber, que son muy abundantes, él descubre que el principio de beber está en “compartir” la bebida, y no en satisfacer personalmente la sed o la alegría de la chicha. El *Cautiverio feliz* es abundante igualmente en descripciones de

Pedro de Valdivia: la gesta inconclusa

de Francisco Sánchez y Tryo Teatro Banda

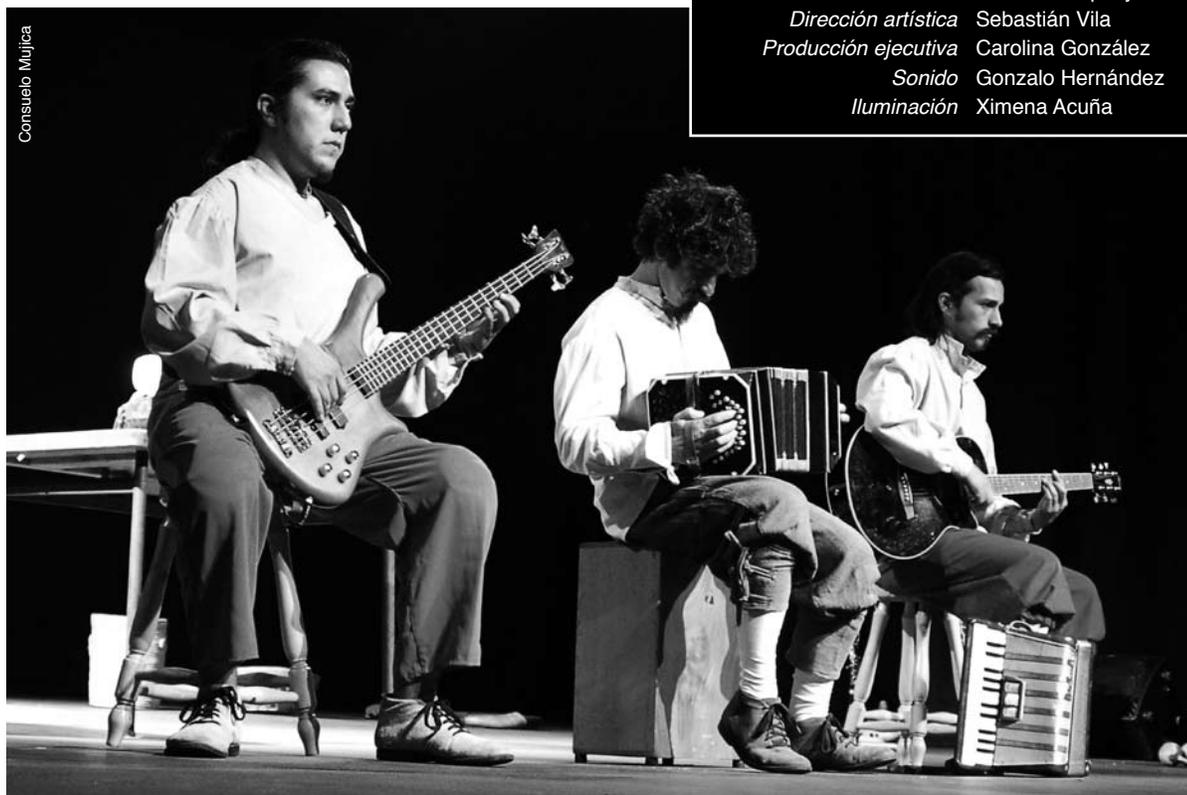
Elenco Francisco Sánchez,
Pablo Obreque y César Espinoza

Dirección artística Sebastián Vila

Producción ejecutiva Carolina González

Sonido Gonzalo Hernández

Iluminación Ximena Acuña



estos rituales de cortesía y sociabilidad que ocupaban gran parte de la vida cotidiana de nuestros ancestros. Se describen allí, por ejemplo, las saluciones cuando llegaban visitas a una comunidad, llenas de protocolos y rituales muy estrictos: las mujeres servían chicha y brindaban unos con otros en orden de jerarquía; existían hasta textos aprendidos a los que la etiqueta obligaba, donde se manifestaba el interés recíproco por la salud de los familiares y el estado de las cosechas del prójimo; las interminables fiestas con bailes y alegres instrumentos musicales con las que se recibía a los cansados visitantes; largas conversaciones alrededor del fuego de la ruca en las que temas como los misterios de la fe católica despertaban interés general y el recuerdo de las atrocidades de los primeros conquistadores estaba muy despierto, pero a la vez disponible para tratarse; la abundancia, variedad y disponibilidad general de la comida; la ausencia de robos de caballos entre ellos y de cercos delimitadores de propiedades privadas; la disponibilidad general de toda la comunidad a labores colectivas como recoger leña, arar y sembrar la tierra; etc. En cada hoja de este libro, el lector se va encontrando con la descripción de una sociedad muy distinta a la que describen los libros de historia y la prensa actual; se trata de gente sana, pacífica, generosa, amorosa, ingenua, culta de lo suyo.

Consuelo Mujica



Naturalmente que a Francisco Núñez todo le parece obra del demonio, pues se trata de un católico del siglo XVII, pero aún así es notable que sea tan avanzado en su defensa de las cualidades de los mapuche. Su relato no deja de estar sazonado con situaciones de extremo peligro y barbarie, pues su vida siempre estuvo en peligro, acechada por quienes creían que su cabeza valía mucho por ser hijo de un ilustre militar.

De modo que para el investigador teatral que quiere encarnar a sus personajes indígenas con el mínimo de prejuicio, sí es posible rescatar otros aspectos de la identidad del otro desde fuentes como este libro ilustre.

En las cartas de Pedro de Valdivia al rey Carlos V, el conquistador permanentemente presenta a los indígenas de la tierra de Chile como traidores, mentirosos y demoníacos en su rechazo al vasallaje al rey de España y la fe católica. Pero nos sorprende con un párrafo en el cual describe la calidad humana de los mapuche del valle del río Cautín. Transcribo este párrafo del original:

...La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres, vestidos todos de lana a su modo, aunque los vestidos son algo groseros. Tienen muy gran temor a los caballos; aman en demasía los hijos e mujeres y las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes con grandes tablazones, y muchas muy grandes, y de a dos, cuatro y ocho puertas; tiénelas llenas de todo género de comida y lana; tienen muchas y muy polidas vasijas de barro y madera; son grandísimos labradores y tan grandes bebedores; el derecho dellos está en las armas, y así las tienen todos en sus casas y muy a punto para se defender de sus vecinos y ofender al que menos puede; es de muy lindo temple la tierra y que se darán en ella todo género de plantas de España mejor que allá: esto es lo que hasta ahora hemos reconocido desta gente... (1).

Esto de que “aman en demasía a sus hijos y mujeres” es muy contrario a lo que señala Diego Barros Arana en su *Historia General de Chile* cuando se refiere a un hecho de la llamada Guerra de Arauco referido por el poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga en los cantos XX y XXI. Barros Arana sostiene que es imposible que Tegalda, mujer mapuche del siglo XVI, se haya atrevido a acercarse a un fuerte español después de la batalla y buscar en el foso el cadáver de su marido entre los cientos de cadáveres indígenas. Y lo dice porque se trataría de una mujer “salvaje”, que no conocería ese tipo de nobles sentimientos.

Lo mismo se desprende de la afirmación de Francisco Antonio Encina cuando señala que los mapuche peleaban “halagados por la guerra y la rapiña”. Tal vez hay que pensar que en realidad amaban a sus hijos y mujeres en demasía y no querían verlos extinguirse en el servicio personal de las casas de los españoles y en la esclavitud de las minas.

La afirmación de Valdivia de que son “grandísimos labradores” es curiosa, pues una de las grandes argumentaciones históricas en contra de los mapuche para justificar la usurpación de sus tierras es que son “flojos”. Permanentemente escucho el reclamo de que las tierras que la Conadi ha entregado a los indígenas están tiradas sin producción.

Estas observaciones a partir de fuentes son capitales para nuestro trabajo, ya que nos ayudan a vislumbrar a los mapuche como “seres humanos comunes y corrientes” y ese es el principal pilar de nuestro acercamiento a la otredad, a estos personajes. No son héroes ni una raza guerrera ni nada: son personas iguales a mí y reaccionan frente a los hechos como yo lo haría si estuviera en su situación. Mostrar a los mapuche en la vida cotidiana y como personas normales: ese es el punto y eso es lo que creemos que a los espectadores más les enriquece de nuestras obras.

De partida, sabemos que la imagen que tenemos de los mapuche proviene del estereotipo del indio feroz, irreflexivo y valiente que pintan los cronistas. Por otro lado, sabemos, por otros cronistas, que los mapuche “consultaban” sobre el éxito de sus empresas militares a la naturaleza; por ejemplo, a las nubes según su comportamiento en el cielo; o a los animales, como cuando soltaban un puma en medio de la multitud de guerreros y, si se les escapaba, era funesta señal que los animaba a abandonar la empresa bélica en cuestión. Esto que a los españoles les parecía un pacto con el demonio, bien podía ser una evaluación del estado de la energía general del lugar y de los guerreros.

Durante los ensayos había que luchar contra el estereotipo, el mismo que dice que el mapuche es flojo, borracho, traidor y ladrón. Resultan enriquecedoras las narraciones de cómo el pueblo mapuche ejecutaba todas las labores del campo y la casa bajo un sistema comunitario.

Como me dijo una amiga mapuche cuando le pregunté si en su comunidad eran pobres cuando ella era niña: “Sí, éramos pobres, pero teníamos de todo”.

Desde un comienzo nos propusimos que, a partir del estudio de las cartas de Pedro de Valdivia al rey Carlos V y los documentos aledaños, debíamos rastrear lo más posible a nuestros personajes originarios. Se trataba de rescatar, en documentos epistolares y de historiografía, elementos que nos ayudaran a crear personajes teatrales en situaciones dramáticas. Haciendo gala de la tradición de los cronistas españoles, Valdivia casi en ningún momento menciona con benevolencia a los vencidos chilenos; siempre se trata de bárbaros, idólatras, mentirosos y traidores que hacen pacto con el demonio y huyen del servicio al rey, que es benévolo y les ofrece su protección a cambio del vasallaje.

Nos propusimos reconstruir al personaje mapuche de nuestra obra a partir de aquel único párrafo benévolo de una de las cartas de Valdivia al Rey, y también tomando el punto de vista contrario al que generalmente toma Valdivia en sus cartas. Es decir, si los llama mentirosos y traidores, para nosotros es porque ellos usaban cualquier recurso a la mano (como la mentira y la traición) para librarse de sus incómodos invasores, que pretendían matarlos en el trabajo esclavo. Si los llama herejes y que hacen pacto con el demonio, es porque desea justificarse ante las autoridades en el sentido de que su conquista de Chile está revestida de la misión evangélica que supuestamente debía tener la conquista y que, aparte, está en presencia de una religión muy potente, con manifestaciones espirituales y parasicológicas poderosas (como el *machitún* de *Cautiverio felis*, que aterroriza a Francisco Núñez al ver que tanto el *machi* como el *kultrún* rebotan en el suelo, cada cual por su lado)... En definitiva, tratamos de reconstruir a nuestros antepasados indígenas de la conquista a partir de estas fuentes, reinterpreteándolas. Siguiendo este principio y apoyándonos en resultados de las investigaciones de José Bengoa, cuando Valdivia se permite este párrafo de admiración por los mapuche, es porque realmente debe haber estado en presencia de una gran sociedad indígena, con una estructura y prosperidad admirable y, por lo mismo, se desvivió en su conquista y dio la vida en ella.

Lo oral

Por otro lado, la oralidad de los propios mapuche nos otorgó valiosos condimentos. Según una querida amiga mapuche, hasta el día de hoy en las comunidades mapuche se comenta que Valdivia era bajo de porte, que estaba gordo hacia el final de sus días, y que se preocupaba mucho por su aspecto físico. Este último rasgo los indígenas lo asociaban a lo femenino, lo afeminado en su caso, y la homosexualidad en nuestra sociedad originaria era vista como algo especial, como un poder en la persona, y no como una enfermedad o condición denigrante y discriminable. Esta imagen de hombre fuerte femenino los habría llevado a respetarlo y a otorgarle una ceremonia especial a su muerte, con un gran conjuro para que nunca más alguien tan poderoso volviera a sojuzgarlos.

Cuando realizamos la función de *Pedro de Valdivia* en Cañete, ciudad que fue fundada en el siglo XIX en el mismo sitio donde estuvo el fuerte de Tucapel, donde Valdivia perdió la batalla que le costó la vida, una mujer del público se nos acercó a saludarnos y a indicarnos que a la obra le faltaba algo: “a Pedro de Valdivia le comieron el corazón”. Ella era Petronila Catrileo, mujer mapuche de la zona de Huentelolén, de donde se dice que Lautaro era oriundo. Su observación corresponde a la tradición oral de su pueblo, y para nosotros representó un mandato. De inmediato comenzamos a buscar la forma de representar eso... ¿Cómo comerse el corazón de Pedro de Valdivia? Y se trataba tal vez del momento culmine de la obra. Sabemos que los mapuche solían comerse el corazón de sus enemigos como una forma de apropiarse simbólicamente del valor de aquella persona. Ella misma nos dijo que, al tratarse de un hombre tan poderoso, es seguro que esto ocurrió; y que no se habrían comido necesariamente el corazón de cualquier soldado.

En la obra, Valdivia es representado por un actor y un títere. Llegado el momento del sacrificio, el actor que hace de Lautaro y de indígena durante toda la obra, hace como que saca un tomate desde el pecho del títere y lo muerde. El tomate revienta y chorrea su cara de rojo jugo

y pepas. El público, por lo general, exclama: “¡Oh!”, como aliviado de ver que tanta opresión encuentre su salida. Cuando hicimos esta función en Carahue, un hombre del público nos señaló que la obra posee algo como de exorcismo, es decir, al revivir el hecho simbólicamente, es como si volviera a suceder, y podemos verlo, recordarlo y compararlo con nuestro presente.

Al cierre

Finalmente, confieso que me resulta muy difícil escribir acerca de un proceso teatral vivo, cambiante, en el cual nos encontramos metidos hasta las patas, viviéndolo cada día y compartiéndolo con el público chileno. Tal vez, para cerrar, podría acotar que, gracias al ejercicio que promueve el contexto del Bicentenario, podemos ver a nuestros antepasados como seres humanos normales, no como héroes de bronce o barro. Así, al ponerme en el lugar del “otro”, entiendo más nuestro pasado, y por ende me conozco más a mí mismo. Rechazo aceptar que desciendo de seres de cultura inferior o superior; no lo acepto, la búsqueda de la riqueza de las culturas indígenas y española sobre las cuales se estableció mi cultura es un desafío que solo ha redundado en enriquecer mi propia identidad.

Mientras estudiábamos estos temas, nos parecía que en la historiografía falta un toque de justicia para aquellos antepasados nuestros que vivieron lo más parecido a un infierno, o a la pesadilla que nos ronda, aquella de la llegada de extraterrestres a nuestro planeta con malas intenciones, y que la historia no ha podido relatar con objetividad. Creemos que el teatro, con su magia, es capaz de proporcionar el prodigio de la justicia tardía, este exorcismo de la historia, aunque sea en el interior de nuestra imaginación y nuestros corazones. ■

Bibliografía

Carta de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, Concepción, 25 de septiembre de 1551. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.